

nos sino atravesando la negra hendidura que el tiempo ha abierto en la eternidad, hendidura que el miedo de los hombres ha llamado muerte, y al través de la cual veo yo un mar de inefables delicias con la pérdida de mi conciencia y de mi sér. La muerte es el sueño, es el olvido, es la eterna tranquilidad, el eterno reposo, el silencio, la paz, el ósculo del sér con la nada, el lecho de adormideras donde toda lucha concluye y toda existencia se evapora. ¿Qué gran rumor se oye á lo lejos? El sol se ha hundido en su ocaso á dormir el sueño de todos los dias en su lecho de argentadas espumas. La noche ha tendido sus negras alas sobre la tierra. La tempestad hierve y brama en los últimos límites del horizonte. El relámpago, no tan ardoroso como mi pensamiento, quema mi frente. Pediré asilo á esta cabaña, donde viven unos labradores, únicos habitantes de este desierto. Las órdenes de mi hermano de seguro no han llegado hasta aquí, y me dejarán dormir en paz, porque el sueño pesa con inmensa pesadumbre sobre mis fatigados párpados. ¡Buenas gentes, recibid en paz á un eremita, y Crichna, protector de los pastores, os ampare, y haga que nazcan gordos vuestros corderos, y se llenen de leche las tetas de vuestras ovejas, y se aumente la verde

yerba de los prados, y se purifiquen los arroyos, y se cubran de dorada miel las piedras de vuestros campos.

EL LABRADOR.

Así sea, así sea. Entrad, entrad.

EL EREMITA.

La paz reina en esta casa. El techo de paja, el suelo de madera, las paredes de caña, la resinosa tea ardiendo, el vaso lleno de leche sobre una piedra, el cayado del pastor en el rincón, las flores del campo suspendidas de un pequeño y limpio altar, el perro tendido y meneando la cola, dos palomas en una cesta de mimbres entregadas á tranquilo sueño, dos sonrosados niños tendidos en un montón de paja, una mujer que hila, un pastorzuelo que atiza la lumbre, la esquila del ganado que suena, algún balido que se pierde á lo lejos, me dicen que esta mansion es de paz y que en su amigo asilo puedo entregarme á mi tranquilo sueño. Crichna, el rubio pastor, os dé buen sueño, hermanos. *(Se duerme á la entrada de la choza profundamente.)*

## EL LABRADOR.

Oidme. El rey ha mandado matar á todos los eremitas que se guarezcan en las chozas ó que se vean por los campos. Y hemos de cumplir su mandato. Ese infeliz ha de perecer á nuestras manos, porque nosotros obedecemos ciegamente las órdenes que nos dan, todas encaminadas á la mayor gloria de los dioses y al cumplimiento de su incontrastable voluntad en la tierra.

## LA LABRADORA.

¡Y vamos á matarle! Ha venido aquí confiado en nuestra hospitalidad y en el amor que todos nos debemos. Su hermosa frente, su larga y blanca barba, las arrugas de su rostro, su tosco sayal, su báculo de caña, sus piés ensangrentados, nos dicen que estamos delante de uno de los varones más santos de la India. ¡Y vamos á matar á los que pasan el día en el ayuno, la noche en la oración, la vida entera contemplando á Brahma! No, no puede ser. Mira y oye. La lluvia amenaza anegarnos. El huracan arranca de raíz los árboles, y tal vez arranque de cuajo nuestra cabaña. El trueno es la voz amenazadora de los dioses. El incendio ilumina los bosques y se refleja en los

lagos. Las aves se han despertado, y gritan, poblado los aires de prolongados gemidos. No, no tentemos á los dioses.

## EL LABRADOR.

La tempestad ruge enfurecida, porque no hemos cumplido la voluntad sacratísima del rey, que es la voluntad de los dioses. (*Coge un hacha, y á la luz del relámpago hiere al eremita.*)

AZOKA (*tendido en su lecho á las altas horas de la noche*).

¡Dioses! ¡Qué terrible sueño! Venid, venid, guardas; venid á ver á vuestro señor. He visto cruzar por los aires en una nube mi hermano asesinado, enviándome de una herida abierta en su frente un chorro de sangre que caía sobre mi boca, y la amargaba de tal manera, que parecia tener en mí todos los tormentos del infierno y todas las penas que hierven juntas en los hondos abismos donde el mal habita. Y en verdad, en la ley general que di para aniquilar á todos los eremitas de la India, no he exceptuado, como debia, á mi hermano, al sér que amo en la tierra. Ahora mismo, decid que el único eremita que se liberta de la comun sentencia es él, sí, él, mi her-

mano , pedazo de mi propio corazon. ¡Oh! Si le mataran, no me consolaria nunca. Yo habria asesinado al eremita á quien respeto y venero! Dadme, dadme un sorbo de cualquier licor, para reparar mis fuerzas abatidas y rehacer mi apocado ánimo. Atrás, atrás. ¿Qué me traeis en esa copa de oro? ¡Sangre, sangre! Apartad de mis lábios la sangre. Traedme en un vaso formado de un diamante agua pura, agua sagrada del Ganges. Ven, bendita agua , ven y derrámate por mi cuerpo, como se derrama el rocío por los filamentos de las plantas. Mas ¿qué veo? Tambien, tambien el agua se ha tornado sangre, si, amarga sangre. Abrid, abrid las ventanas, para que á la luz de la blanca luna vea resplandecer á lo léjos el lago azulado y tranquilo. Cerrad , cerrad pronto. El lago es un mar de sangre. ¡Oh! ¿Qué ruido es ese? ¿Qué ruido es ese?

UN ARTESANO.

Los soldados juegan con la cabeza de un eremita , que dicen fué el destructor de la estátua; cabeza traída por unos campesinos.

AZOKA.

Mostrádmela.

UN SOLDADO (*desde la plaza*).

Para que el rey la vea más pronto , ahí vá la cabeza del primer eremita sacrificado. (*La arroja, y va rodando hasta los piés de Azoka.*)

AZOKA.

¡Dioses infernales! ¡La cabeza de mi hermano! (*Cae sobre el lecho sin sentido.*)

OBIEL (*escondido en uno de los ángulos exteriores del palacio*).

He visto desde este rincon solitario y abandonado cosas horribles: un rey demente, un pueblo envilecido, unos sacerdotes entregados á sus placeres, un eremita virtuoso cuya cabeza ha rodado á los piés del rey, que ha reconocido en esa cabeza á su propio hermano. ¿Y no habrá en el Universo para tantos crímenes un castigo? Ya se preparan los funerales , porque el tirano cree aplacar á los dioses con ofrendas y sacrificios. Ya robustos guerreros sacan el cuerpo del eremita, envuelto en un sudario de púrpura que parece en la propia sangre del mártir enrojecido; ya se oye el cántico solemne de los sacerdotes, que se pierde en las selvas y en las concavidades de los mon-

tés. Diez mil guerreros custodian el cuerpo, dos mil doncellas lloran desgredadas tras de su ataud, mil sacerdotes entonan el último cántico de despedida, y el pueblo se hunde en el polvo como para anonadarse en la desesperacion. En un sólio, conducido por sus ministros, vá el rey, con sus vestidos rasgados, sus piés desnudos, su pecho descubierto y herido por sus propias manos, cual si quisiera sacarse el corazon para mostrar á todo el pueblo la intensidad de su dolor. Los campesinos traen sobre sus hombros haces de sándalo y de áloes para perfumar la última morada del que fué en la tierra cáliz donde se guardaba el aroma de la virtud. Todos los que acompañan el cadáver, han empapado en aceite de sésamo sus vestiduras, para lavarse de sus terrenales manchas y esparcir un olor suave en los aires que han de recoger las oraciones y las lágrimas consagradas al que ha muerto. Los artesanos van en tropel arrojando perlas y diamantes al pueblo, porque el rey ha querido que se tiren riquezas que ya no le son gratas, alhajas que no han de volver á ornar su cuerpo dolorido. Al pié de algunos umbreros árboles, y sobre las colinas, se detiene el gran cortejo, á fin de que todos oigan los méritos que el alma del eremita tiene para

merecer un cuerpo más puro y una vida más santa en la continua trasformacion de la sustancia. Cada vez que se detiene el cortejo, los gritos y lamentos que lanza la multitud son tales, que no parece sino que sollozan los vientos. En una isla rodeada de blancas espumas, en medio del rio sagrado, se levanta sobre una alfombra de flores la pira de sándalo, de cedro, en cuya cima está el lecho que espera el cadáver. Los guerreros tienen sus armas, los sacerdotes se arrodillan, las doncellas aumentan sus clamores, el yerto cuerpo cae en su eterno asilo, y el rey sollozando aplica la tea á la gran hoguera, que brilla como si el sol hubiera bajado un instante á la tierra. Todos en tan solemne ocasion se levantan, corren presurosos, se arrojan al rio, y allí sobrenadan en confusion, purificándose para el dia en que llame á la puerta de sus viviendas la inexorable muerte. Los lamentos universales, los cánticos sagrados, el ruido de las olas, el hervir del incendio, las nubes de humo que se pierden allá en los cielos, las lágrimas que corren por todos los semblantes, el cuerpo que se consume, la eternidad que se abre, el pensamiento de lo infinito que se eleva y se cierne sobre este gran cuadro, sumerge al ánimo en una soñolencia infinita; porque

parece que el alma de todos se escapa de los cuerpos y acompaña el espíritu sombrío del sér que vá á presentarse en su último juicio.

AZOKA (*acercándose á la pira*).

Hermano, hermano, si te levantarás de tu hoguera, yo daría para tu cuerpo la sangre de mis venas, para tu pecho el aire que respiro.

CGRO DE BRAHAMANES.

El alma se ha separado del cuerpo del justo. La necesidad que rige con ley inexorable todas las cosas, ha aplastado la frente sagrada del eremita. Cantemos, cantemos los triunfos de la muerte. Su mano cae sobre el corazón, y lo seca; sobre el cerebro, y lo aplasta; sobre los ojos, y los apaga: pero cuando el espíritu, escapado del cuerpo, toma el camino de la eternidad, va á bañarse en el océano de vida, en que flotan todas las cosas y en que ondean todas las formas de los seres. Allí Brahma ceñirá al mártir una vestidura más hermosa, una forma que sea más digna de su arrogante espíritu. Al escaparse del cuerpo de barro, habrá tomado otro cuerpo más trasparente. Acaso el sér que lloramos con nuestros mortales y oscuros ojos sea el soplo de aire que nos besa

el rostro, el ave que canta henehida de amor entre los arreboles del cielo, la estrella que empieza á bordar el horizonte, la flor del lotho que levanta su perfumada corola del fondo del río, y se espacia en el amor, y abre su cáliz, y dilata sus hojas cargadas de rocío. La muerte sólo es muerte para el que no tiene fê. Veamos al santo eremita perderse en el centro de la creacion y renacer en los gérmenes de una nueva vida.

AZOKA.

Oigo un rumor como si fuera la voz de mi hermano que me llamara. Cada una de las chispas que lanza esa inmensa hoguera, en que arde un bosque entero, se clava en mi cuerpo y lo atormenta con un ardor intensísimo. En las revueltas nubes de humo veo la imágen de mi hermano, que me agarra por fuerza de los cabellos y quiere llevarme al lugar donde él será bendecido y yo condenado y maldito. Ese rumor ¿no es su voz que me llama? Ese río ¿no es la sangre que sale á borbotones de su herida? Esa flor del lotho ¿no guarda en el cáliz su corazón, que salta de horror cada vez que me acerco á tocarlo? Ese sol ¿no es su retina que me mira sañuda, implacable, y que perforando mi cabeza entra en mí y

devora y consume hasta mi conciencia? Esa áura que sube del río, ¿no es su aliento que me envenena con su amorosísimo soplo? Le veo, le veo. Es mi hermano. Sus piés se hunden allá en los abismos, y aplastan mi corazón; su cabeza ciñe una guirnalda de estrellas, y despide un rayo de luz que me abrasa las entrañas; sus hombros, en vez del sayal, llevan las tinieblas de la noche, en cuyos pliegues se hielan mis manos, que inútilmente se juntan para pedir misericordia y perdón. Hermano, por piedad, no me mates. Yo huí de tí, porque quiero la muerte, porque deseo reposar en la eternidad. Pero no, tampoco quiero morir; porque si muriera, al dejar mi vestidura mortal y desceñirme de esta forma, la justicia divina me encerraría en el cuerpo de algún tigre, siempre rabioso, siempre sediento de sangre. ¡Ah! ¡Qué mancha de sangre tengo en las manos! ¡Qué hilos de sangre me caen de los ojos! ¡Qué huellas de sangre dejo en la tierra! ¡Qué manto teñido de sangre llevo sobre los hombros! ¡La tierra que piso es cieno mezclado con sangre coagulada; el cieno de mis vicios, la sangre de mis víctimas. ¡Oh! Perdonadme, perdonadme. No me mateis, no me mateis. ¡Morir ahora es morir dos veces! Perdon. Me ha herido, me ha herido mi...

mi... remordimiento. Me parece que llevo una túnica de plomo derretido pegada á mis carnes. ¿No veis una nube?

LOS CORTESANOS.

El dolor le ha robado el juicio.

AZOKA.

¿No veis una nube? ¡Ah! Es un cuervo más grande que el Himalaya. Su cuerpo está envuelto en las tinieblas; pero sus garras son de fuego, y su pico duro como el diamante y afilado como una espada. ¿No lo veis?

LOS CORTESANOS.

No, no vemos nada. Debe ser una imagen fingida por la fuerza del dolor y por la intensidad de la calentura.

AZOKA.

Abandona las vacías alturas, como el águila abandona la cumbre de los montes, y baja apagando soles y oscureciendo cielos. Por donde quiera que pasa, deja una huella negra y abrasada como la hirviente lava que el volcán escupe. Cuando se acerca, me mira con sus ojos profun-

dos como abismos, y me habla con su pico, que al abrirse muestra una lengua de serpiente, destilando la baba de un negro veneno. Lanza gritos más agudos que la tempestad, más prolongados que el huracan, más luctuosos que las olas, más profundos que el terremoto, más dolientes que el quejido del viento al estrellarse en los inmensos desiertos. Pero ¡ah! clava sus garras en mis entrañas, su pico en mi cabeza, sus ojos en mis ojos; me envuelve con sus alas, me aplasta con su cuerpo, me repite en los oídos el nombre de mi hermano, y me ahoga, y me sofoca, y me mata, y quiere arrastrarme á los infiernos con Yama. Defendedme. Clavad en ella vuestros puñales. No, no. Yo me defenderé. Muere, muere... ¡Ah! (*Saca el puñal, y clavándoselo en su propio corazón, espira*).

ORIEL (*solo, en la isla donde se han celebrado los funerales del eremita y ha muerto Azoka*).

Aquí estoy abandonado. El sol se oculta, la palmera se cimbreá, el limonero abre sus flores, la goma corre por los troncos, el incienso crece en las yerbas, el ave se pára en la rama cantando, y el cielo se mira en las tranquilas ondas del río. La naturaleza está serena, cuando tantos cri-

menes acaban de perpetrarse en su presencia, y tanta sangre de sus hijos acaba de beber con anhelo infinito, con sed rabiosa. Pero hay una justicia invisible que yo no alcanzo, y que me revelan en su mudo lenguaje todos los hechos, porque cada hecho es un grito con que avisa y enseña naturaleza á sus hijos. ¡Ah! un crimen se ha cometido, y ese crimen no ha quedado impune. Azoka, herido por sus remordimientos en el alma, y herido por su puñal en el pecho, me enseña que hay justicia, que hay un sér de cuya mano pende la espada del castigo. Mostrádmelo, mostrádmelo, séres de la tierra. No me abandonéis á la soledad de mi corazón... Oigo el eco de cánticos religiosos que salen de aquel templo. Allá, allá me encamino. ¡Oh! ¿No calmarán mi ansiedad?

CORO DE BRAHAMANES (*dentro del templo*).

Espíritus que habitais en el fuego, en el aire, en las aguas, en la tierra, venid á visitarnos, y derramad vuestra miel en los lábios, vuestros suspiros en el pecho de los míseros mortales. Vosotros, espíritus puros, teñís el Oriente con su color sonrosado, y el cáliz de las flores con sus matices, y el cielo de azul claro, átomos de que se

amasa la creacion. Ya que vais envueltos en las ráfagas del viento, venid á besarnos con un beso regalado de amor. Ya que flotais en el rayo del sol, penetrad hasta el fondo de la conciencia, y allí inundad con vuestra luz nuestro sér. Espiritus puros, vosotros sois el fuego que centellea en la estrella de oro perdida en los espacios; vosotros sois el aroma que exhala de su cáliz la flor abandonada en el campo; vosotros sois la espuma que corona la onda cuando besa la playa; vosotros el mar de soles y de mundos que besa las plantas de Brahma, pues vosotros tejeis en constante trabajo los velos de las formas para tenderlos por los espacios y hacer visible y palpable la eterna sustancia encerrada en lo infinito. Espiritus invisibles, descended presurosos del cielo, y llevaos en vuestras alas de rosa la oracion que consagramos al Creador al pié de sus altares.

ORIEL (*á la entrada del templo*).

Este es el templo, infinito como mi aspiracion, misterioso como mi alma. Sus bóvedas están abiertas en una montaña. Las generaciones infelices que me han precedido en el tiempo, han tallado ese templo en la roca con sus propias manos, y no han conocido su dios, y no han visto

su culto. Entraré y me deslizaré en las sombras, por si acaso una pilastra, un elefante, una hoja de acantho cincelada, uno de esos becerros de bronce que duermen al pié del ara, se despiertan y me dicen algo de mi Dios. El templo es una montaña; la bóveda suspendida sobre mi cabeza es como un cielo oculto entre nubes; tortugas talladas en piedra, elefantes de granito sostienen como pesarosos en sus inmensas espaldas tan grave pesadumbre; lothos, palmeras, acanthos, pavos reales, cisnes, monos, todos cincelados, adornan los muros, cuyo espesor es tal, que me creo encerrado en las entrañas de la tierra; figuras de mármol negro, de marfil, de oro macizo, cubiertas de diamantes, levantadas unas sobre otras en inmensa pirámide, ceñidas con esplendentes diademas, habitan estos lugares sombríos; cariátides cuya boca es un abismo, cuyos ojos son dos cavernas, sostienen los altares; cipreses, magnolias, palmeras crecen do quier puede llegar un rayo del sol y un beso del aura; arroyos de agua lustral corren murmurando al pié de cada arco, y colinas cubiertas de musgo cubren la raíz de cada pilastra; bueyes, becerros, corderillos andan errantes entre las naves, mientras allá en la cúpide anidan las palomas y las tórtolas; espumo-



sas cataratas desprendidas de fuentes ignoradas, cubiertas de higueras, de yedra, de cedros, de palmas, forman arcos de cristal de roca, perdiéndose bajo el pavimento con asombroso mugido; el cimbalo y el salterio suenan por do quier, dando una voz á cada piedra, una palabra á cada dios; vírgenes vestidas de blanco y coronadas de rosas y jazmines cantan y danzan, semejándose á mariposas que vienen á libar la miel espiritual encerrada en este lugar de los misterios; sacerdotes con las manos llenas de ofrendas, los labios agitados por una plegaria religiosa, y la mirada perdida en misterioso éxtasis, murmuran la incomprendible salmodia de sus oraciones; las aras centellean con el fuego sagrado; los nichos de corales brillan al resplandor de las lámparas; el polvo que se extiende al pié de cada idolo reluce cubierto de arenas de oro; escudos de bronce pendientes de las paredes vibran; culebras de oro cuelgan de los techos y serpentean como un rayo en los aires; huevos de avestruz convertidos en lámparas reflejan una luz misteriosa; dioses de marfil con cien cabezas se levantan sobre un pedestal de negro mármol; y tantos símbolos, tantos misterios, tantas imágenes, tantos idolos que no comprendo, nada dicen á mi corazón, nada

me revelan, envueltos como en espesa nube en sus embriagadores aromas. Pero oigamos, perdidos en las sombras, el cántico de estos sacerdotes, que están embebidos en su sacrificio.

#### LOS BRAHAMANES.

Preparemos, preparemos el sacrificio. La luna, al pasar por el cielo en la plenitud de su luz, enviándonos un beso de amor, nos ha dicho que esta es la hora solemne y sagrada del sacrificio próspero y santo. Venid, artesanos, albañiles, carpinteros, cómicos, bailarines, todos los trabajadores que se necesitan para hacer más esplendente el solemne rito y más gratas á los inmortales sus ceremonias. Venid á orar, brahmanes que conversais con el cielo; satrias que purgais con vuestras flechas la tierra de monstruos; vasias que reparáis entre los hombres los frutos del trabajo; sudras que pasais la vida encerrados, empapando con vuestro sudor el campo para que brote á torrentes de su seno la vida; reyes de la tierra, venid en vuestros carros de oro, ya del Oriente, ya del Mediodía, ya del Norte frio, ya de las tierras donde el sol se duerme. El dia de hoy es feliz, y la constelacion que en el cielo brilla es favorable. Encended la madera de áloe para que arda el fue-

go sagrado en que el astro del día deposita un rayo de su luz, como la virgen deja después de orar en el altar un rizo de su hermosa cabellera. Levantad el fuego, como el Océano levanta sobre sus verdosas espaldas la sonrosada aurora en el Oriente. Cumplid todos los ritos de los Vedas. Pero antes intentemos expiar nuestras faltas en la pura agua lustral, aplicando los labios á la copa de oro que guarda el licor purísimo de una nueva vida. Traed la manteca clarificada, arrojadla en el fuego, y mientras su humo se pierde indeciso en las bóvedas del templo, y los inmortales lo aspiran, nosotros referiremos cómo se abrió el capullo de la materia para dejar paso á la creacion, y los poetas cantarán cómo se derramó por la inmaculada naturaleza el espíritu de los dioses. Ya se oye el rumor del rezo de los Vedas que todas las bocas murmuran, como el zumbido de un enjambre de abejas parado en la siesta de un día estival sobre arbusto lleno de dulces frutas. Venid, los que sabéis las seis angas, venid entre las columnas de mirto, de palmas, de higuera, de pino, y apoyando la frente en ellas, y sobre todo, besando la columna de oro que hay en el centro, preparaos á enviar á Brahma vuestras plegarias. El santuario brilla como si estuviera sembrado de kalpas, de

ese árbol misterioso de los cielos. Ya traen los sabios en procesion el caballo blanco, ornado de flores y de cintas, ceñido de preciosísimas guirnaldas. Rociemos con el agua bendecida las aves que cortan los aires, y los insectos que viven allá en el polvo; los cuadrúpedos que saltan por montes y por valles; y los reptiles que se arrastran por la tierra; los animalillos casi invisibles que habitan en los arroyos, y los cetáceos y todos los peces que tienen por vivienda el Océano. Arrojemus doscientas cabezas de ganado al pié del ara, para que las consuma el fuego santo. Degollemos al caballo, que ha trazado su círculo misterioso alrededor del altar, y vayan sus huesos á aumentar la sacra lumbre.

#### Oriel.

Deteneos, brahmanes, deteneos. Escucho vuestras voces resonar bajo las bóvedas del templo como una tempestad; pero no sé lo que dicen. Veo arder sobre el ara ese fuego; pero no veo á quién alumbra. Oigo el cántico sonoro de vuestras oraciones; pero no entiendo el nombre del ser á quien está consagrado ese cántico. Contemplo cómo mueren las víctimas, y cómo corre la roja sangre sobre el ara; pero no veo, no, el génio que

pone en vuestras manos la cuchilla del sacrificio. No queráis envolver en el misterio para una clase de mortales lo que debemos saber todos, sí, todos. Maldecidme si os place, arrojadme de vuestra presencia, poned mi cabeza al pié del ara, como poneis la cabeza de ese cordero en cuya garganta habeis hundido la cortante cuchilla; pero antes que se cierren mis ojos, que se extinga mi aliento, dadme, para apagar esta sed que me devora, un dios, sí, un dios, y rasgad el velo que oculta vuestros misterios.

LOS BRAHAMANES.

Atrás, atrás, profano. Para tí no hay Dios, para tí no hay religion, para tí no hay cielo, para tí no hay ni recuerdo ni esperanza; porque tú eres la escrecencia de la creacion, la sombra de la vida, la mancha, la eterna mancha extendida por Yama sobre la India. Huye, extranjero, huye, y no profanes el santo lugar del sacrificio. Ya el templo está impuro, y el holocausto no puede continuar, por haberlo manchado tu venenosa sombra. Apagad el fuego del sacrificio, volved las ovejas á su redil, las vacas á su establo, los caballos á sus cuadras, porque no puede haber sacrificio: deshojad las flores, y esparcid la manteca

derretida, y extended un velo negro sobre la fuente que mana la pura agua lustral. Nosotros nos daremos á vuestras penitencias, para que los inmortales se apiaden de su pueblo y no vuelvan á enviarle un pária que manche el ara, que interrumpa las ceremonias. Arrojadle de aquí, arrojadle con varas que arranquen sangre á sus espaldas, gritos de dolor á su pecho. Perseguidle hasta que se refugie en los bosques con sus compañeros los tigres, las serpientes, los leones. Huye, huye de aquí, desgraciado, huye. Más te valiera haber nacido con cuerpo de cerdo, que con cuerpo de pária.

ORIEL.

¿He elegido, por ventura, yo mi nacimiento?

LOS BRAHAMANES.

No le oigais; arrojadlo, arrojadlo del templo.

ORIEL.

Otra vez perdido en el bosque, otra vez abandonado á la soledad de mi sér y á la tristeza de mi dolor. ¿Dónde, dónde voy? Ni en el cielo ni en la tierra hay para mí un amparo. Sólo yo no tengo padre, ni madre, ni esposa, ni hijos, ni vi-

da. Allá veo á lo lèjos dos guerreros que se miran con rabia y se empeñan desde sus carros en singular batalla. Sus rostros son cetrinos y sus cabellos dorados; sus pechos hierven como dos volcanes, y se crispan sus manos; llevan por escudos dos como rocas de hierro, y por armas dos troncos de palmera recién arrancados de la tierra; escupen de sus bocas rabiosas espumas como la ola al estrellarse en el escollo, y levantan bajo sus piés una nube de polvo; mueven sus cuerpos para huir sus sendos golpes, como la gacela que corre por el desierto, ó como el tigre que lucha con el leon de los bosques; rechinan sus dientes como la tierra cuando en sus grandes convulsiones hace chocar unas contra otras las piedras; brillan sus negros ojos como la nube que despide el relámpago; y de cada una de sus heridas brota la sangre, y sobre sus cabezas revolotean los cuervos y á sus piés aullan los chacales, aguardando hambrientos al primero que caiga en la pelea para sepultarlo en sus vientres. Voy á ponerme en medio, y á parar sus golpes, y á salvarlos de una muerte cierta. Guerreros, deteneos, deteneos y haced paces, porque la paz es la luz y el cielo de la vida.

## LOS GUERREROS.

Huyamos, huyamos; porque pelear delante de un pária, de un miserable, sería como entregar nuestros despojos al infierno.

## ORIEL.

Por otro lado veo un comerciante, un vasia, que lleva un camello cargado de incienso, de roja púrpura, de oro. En su rostro se pinta la alegría y en sus ojos la paz. Lleva sin duda en esa carga la riqueza de sus hijos, el porvenir de toda su vida. Sin embargo, un tigre le acecha y le mira con aviesos y sanguinolentos ojos. El infeliz no le ha visto, y sigue su camino descuidado y en paz, confiado sin duda en alguna de esas deidades tutelares que son el sol de la vida, sol sin ocaso para el que las siente y las conoce. Pronto, pronto se turbará la tranquilidad que ahora goza. El tigre salta, se suspende á las ancas del camello, le hunde las garras, lo derriba dolorido en tierra, hociquea por sus entrañas buscando un punto en que clavarle los dientes, rasga la piel, aspira con ansia la humeante sangre, y dirigiéndose despues al vasia, amenaza herirle tambien y devorarle, sin que tenga defensa, pues se le ha roto el arco